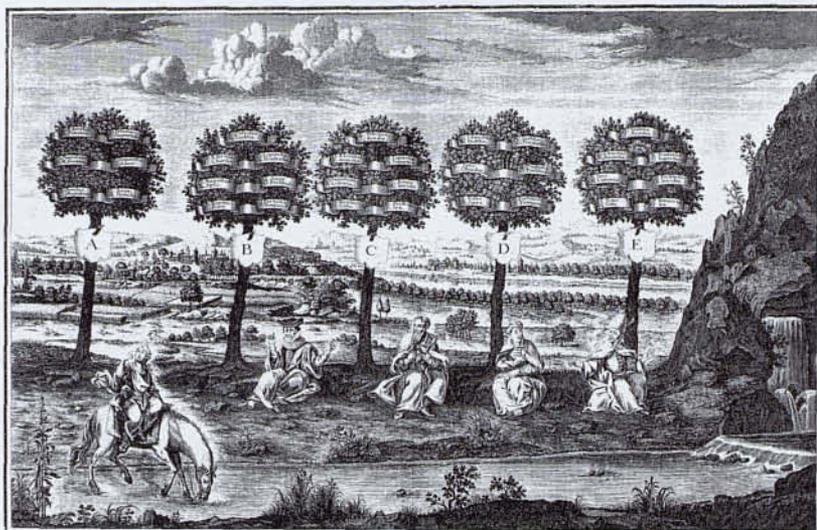


# DIÁLOGO INTERCULTURAL E INTRARRELIGIOSO SEGÚN RAMÓN LLULL



ENCUENTRO DE LA DONCELLA INTELIGENCIA CON EL GENTIL Y LOS TRES SABIOS. MINIATURA DEL ELECTORIUM REMUNDI (SIGLO XV). BIBLIOTECA NACIONAL DE PARÍS

RAIMON PANIKKAR I ALEMANY FILÓSOFO, PROFESOR EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA

**E**s en una tierra que judíos, cristianos y musulmanes consideraban como propia, donde se produjo el diálogo del *Llibre del gentil e dels tres savis*. Ramón Llull nos habla de la necesaria concordia entre las tres fuerzas más importantes de Occidente. Si le hubiéramos escuchado, la historia sería distinta. Pero quizás todavía podamos hacerle caso hoy...

Dejando a un lado la potente fuerza estética de la "bella doncella" cabalgando en un "bello palafrén", así como el simbolismo de los cinco árboles y de las doscientas diecisiete flores, nos limitaremos a comentar su profética y ecuménica visión, repleta de lecciones para nuestro tiempo.

Citemos *en primer lugar* su audacia al cubrir de elogios tanto al gentil, llamado sabio y considerado bueno, como al ju-

dío y al sarraceno. Pueden no estar en la verdad, pero Llull no duda ni por un instante de que estén en la bondad. Y el filósofo mallorquín repite constantemente que no existe una sin la otra. Uno de sus argumentos básicos consiste, precisamente, en la correlación ontológica entre "bien y grandeza", "sabiduría y amor", "amor y perfección". No se trata, pues, de una lucha entre enemigos. No hay que vencer al contrincante, sino convencer al compañero. Cada uno se saluda "en su lenguaje y según su costumbre". Aquí hay más que tolerancia. Ramón viene a decirnos que todas las religiones son buenas, ya que producen hombres buenos y sabios. ¡Estamos en el último cuarto del siglo XIII, después de dos siglos de cruzadas! ¡Y Llull se atreve a no condenar a nadie! Más todavía, ¡a no hacer vencer a nadie! El gentil se convierte a Dios,

pero deja en suspenso su agregación a alguna de las tres grandes religiones. Lo que cuenta es salir de sí mismo (el amor) y adorar a Dios, es decir, adentrarse participativamente en el Misterio.

*En segundo lugar*, el libro nos hace ver que la disensión entre los hombres es un mal capital que hay que desarraigar, y esto constituye la primera tarea religiosa. Esta falta de hermandad es un crimen religioso y no sólo un hecho político. Ramón sabe muy bien que las religiones oficiales han ignorado, durante demasiado tiempo, la concordia entre los hombres, cuando no han sido ellas mismas las promotoras de guerras y luchas religiosas.

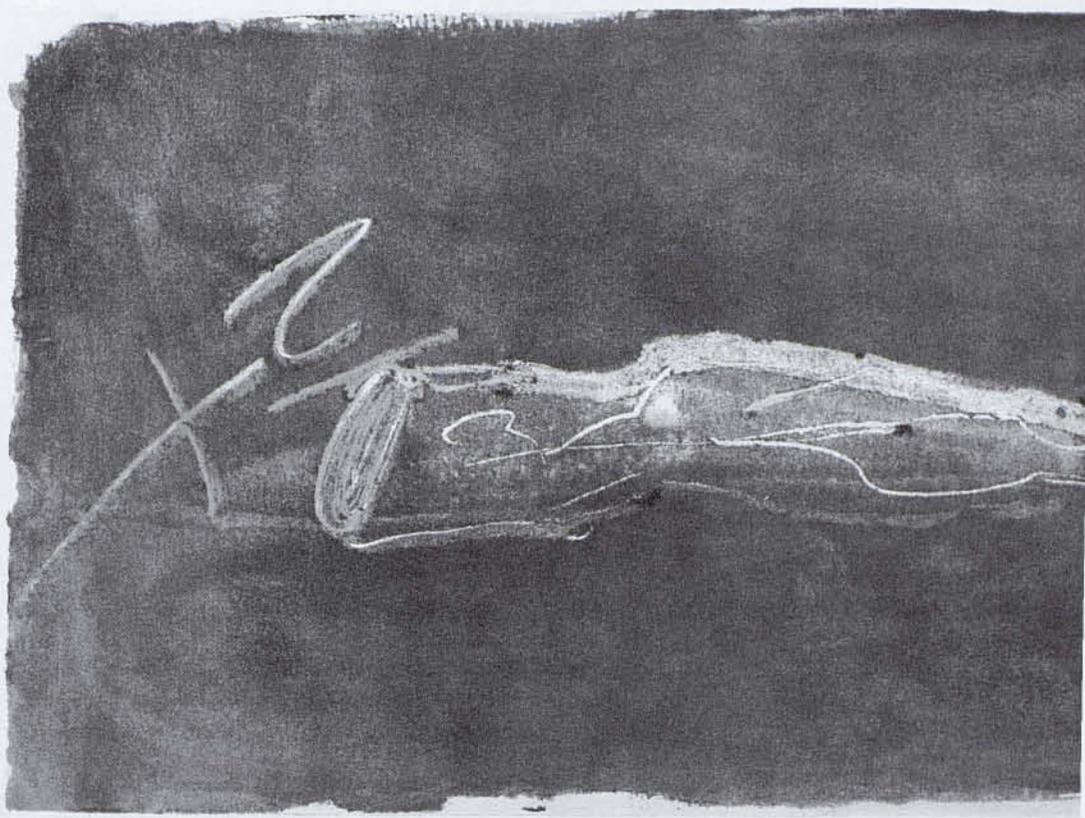
¡Éste es el gran escándalo del hecho religioso institucionalizado! "La tristeza y los tormentos" del gentil son el eco de los de Ramón: "Desconsolado y lloran-



yémoslo: cristianos y musulmanes, católicos y ateos o quienes sean, nunca iniciarán un diálogo fecundo si sólo discuten entre ellos, es decir, si no confrontan una tarea común –como nos muestra el diálogo de los tres sabios con el gentil–, como es, por ejemplo, la cuestión de la paz en nuestros tiempos. Las religiones no son fines en sí mismas, sino medios.

7. El esfuerzo por el entendimiento religioso es constitutivamente inacabado, infinito; seguirá haciéndose tanto como sea necesario, porque él mismo es la manifestación de nuestra contingencia. Quizás éste sea el rasgo más importante y aleccionador. El diálogo se hace sin prever sus resultados y se sitúa por encima del arbitrio de la voluntad humana. Nadie puede saber cuál será el resultado del encuentro; nadie sabe por qué lado se decidirá el gentil. La unidad de la verdad a la que aspira el corazón humano, no es la uniformidad de las opiniones, sino quizás su equivalencia, complementariedad o incluso polaridad. Todo hace sospechar que el gentil ha hallado una religiosidad primordial que le hace estallar en aquella oración que maravilla “a los tres sabios” y que los tres pueden aprobar, sin por ello traicionar sus confesiones respectivas. En esta oración se nos habla de las tres virtudes teologales, de las cuatro cardinales y de los siete vicios y virtudes, con el fin de “despertar a los grandes que duermen”, dice con claras (segundas) intenciones al final mismo del libro.

Podríamos resumir estos rasgos en uno solo: el paso del diálogo interreligioso al intrarreligioso, de la exterioridad a la interioridad, de la condena de los demás al examen de conciencia de uno mismo, del problema del poder político a la cuestión personal, de la dogmática a la mística, si se prefiere. Mientras el problema religioso de la humanidad no se vea y se viva como un problema íntimo y personal, mientras la religión no se haya profundizado y descubierto como dimensión del ser humano –y que, por consiguiente, nos toca a cada uno de nosotros–, hasta que no haya desconuelo y llantos por el destino humano del que todos forma-



LIBRO LLULL-TÀPIES (1973-1985). EDS. DANIEL LELONG (PARÍS) Y CARLES TACHÉ (BARCELONA)

mos parte, hasta entonces no llegaremos a distinguir disputas doctrinales, rivalidades políticas y ambiciones personales del verdadero acto religioso que es la búsqueda en común del fin mismo del hombre y la cooperación y el cumplimiento del destino mismo del universo. La religión es mucho más una dimensión constitutiva de los humanos que una institución.

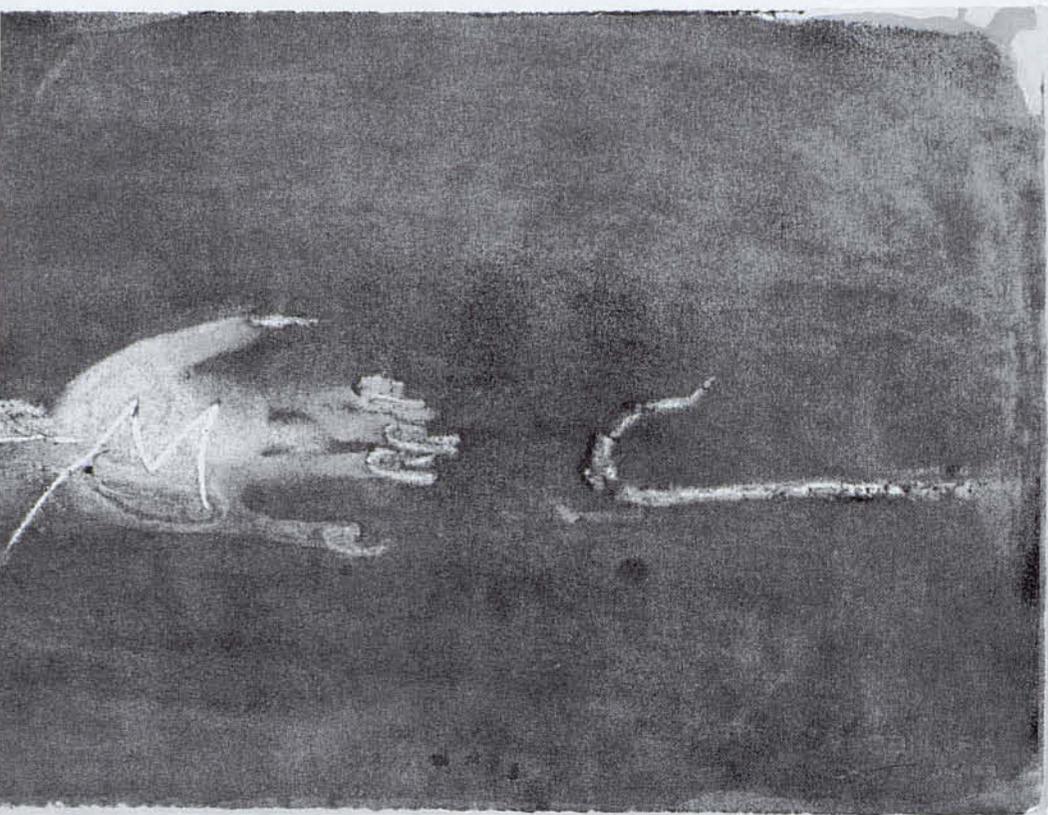
Pero volvamos al *Llibre del gentil e dels tres savis*. Como el lector puede disfrutar personalmente del texto, yo me limitaré a relatar, de nuevo, lo que me parece uno de los mitemas más importantes del mito implícito en el libro.

“Como los infieles han participado mucho tiempo”..., como nosotros, coetáneos de este declinante siglo XX, ya conocemos a fondo la civilización moderna desde hace unos cuantos siglos y, a pesar de las ventajas indiscutibles para nosotros (no para todos), “hemos entendido sus falsas opiniones y errores”, y viendo cómo se está deteriorando la calidad de vida humana y adónde nos lleva la violación de la naturaleza, la aceleración de los ritmos del cosmos, la monetización de la cultura, la cuantificación de la existencia; constatando, también, que ya hemos perdido hasta “los vocablos por los que se manifiesta me-

yor” la situación actual, queremos hablar de un gentil, es decir, de la gente que constituye, como mínimo, el 80 % de la población humana, y de su diálogo con “los tres sabios”.

No por “mandamiento de Dios”, sino por una cierta dinámica de la historia humana, “sucede” que en nuestro planeta hay gente que llora y busca sin esperanza y sin consuelo. Cuando no hay hambre, explotación, dictadura, tortura y guerra, por una parte, hay droga, depresión, desenfreno y ansiedad, por la otra. Esta gente también se encontró con los tres sabios... Uno lo sabía todo de la *Ciencia*. Sus antepasados eran hebreos y egipcios. El otro decía poseer el *Sentimiento*. Sus antecesores se separaron, hace veinte siglos, de los primeros sabios, para dar primacía al amor, creyendo que Dios era amor. El tercer sabio era todo *Voluntad*. Sus orígenes venían de la poca efectividad de los dos primeros a la hora de poner las cosas en práctica. Estos tres sabios han querido, desde la antigüedad, arreglar el mundo.

Pero el gentil, la gente, el hombre de la calle ha vivido –vive– sin alegría, a pesar de los grandes hallazgos de la *Ciencia*, el *Sentimiento* y la *Voluntad*, o tal vez le han decepcionado estas pretendidas panaceas.



© FUNDACIÓ ANTONI TÀPIES (BARCELONAI)

Los tres sabios mantenían diálogos muy bellos y los “mass media” de los privilegiados se encargaban de difundir su punto de vista, en un bombardeo de ideologías de todo tipo. A esto le llamaban educación, información e, incluso, religión: “La Ciencia salvará el mundo. No se puede hacer nada sin Amor. De nada valen las ideas si no se Realizan”.

Nuestro “gentil”, que los escuchaba atentamente, se quedó, no obstante, muy desorientado. “¿Tenemos que esperar el último descubrimiento para ser felices? ¿El amor no es, muchas veces, contraproducente? ¿La praxis pura no lleva, a menudo, a la destrucción y al fanatismo?”

En este relato hemos prescindido de las grandes discusiones entre la Ciencia, el Sentimiento y la Voluntad. Toda la historia de la humanidad está contenida en él. Pero no parece que de ella salgan ni la Paz, ni la Concordia. Quizás más adelante se llegue a una entente y los problemas del mundo se puedan resolver, pero mientras dura el alboroto, la competición y el consumo, cuántas generaciones más habrá que sacrificar. ¿Tenemos que seguir esperando el futuro o ya es hora de que trascendamos la historia? El gentil, es decir, la gente de las tres cuartas partes del mundo, ya no cree ni en la Ciencia, ni en la Religión, ni en la

Política. Y quizás sea ya hora de que la escuchemos en su peregrinación por los bosques de este mundo.

La gente se fue, pues, al “gran bosque”, pero no gozó de “las riberas y las fuentes y los prados y que en los árboles hubiera pájaros de diversas razas que cantaban muy dulcemente”..., porque casi todo estaba contaminado y sólo los más ricos podían desplazarse a parajes más lejanos y “naturales”. El palafrén en el que antaño cabalgaba la doncella Inteligencia se había muerto de inanición o del tufo de la gasolina y la dama no se veía por ningún sitio.

Pero he aquí que nuestro gentil, nuestra gente –para entendernos–, después de mucho andar, sufrir y cavilar, un día vio llegar a pie una damisela. Era de mediana edad y no iba “noblemente vestida”, pero tenía, eso sí, un “semblante muy agradable”.

–¿Cómo te llamas? –preguntaron finalmente a la damisela.

–Mi nombre es *Gracia* –respondió.

–¿Y eso que quiere decir? –le preguntaron.

–Esto quiere decir que soy agradable, llena de gratitud, de agradecimiento, graciosa, gratificante y gratuita. Todo lo hago *gratis* porque me place lo que hago, doy gracias por todo porque nadie me

debe nada, todo lo encuentro gratificante porque nada pido; dicen que yo misma me comporto graciosamente porque no hago las cosas por un porqué extrínseco, y por eso la gente me encuentra agradable, me congratula y da gracias porque no admito ningún tipo de paga; así nadie puede ser in-grato conmigo ni caer en des-gracia ante mí.

–Y la gente, ¿qué entendió? –pregunté intrigado.

–Personalmente –me dijo un confidente– entendía que la vida merece la pena ser vivida en sí misma, que la preocupación por los medios nos distrae de los fines, que el fin es la alegría, y esta alegría nos cautiva cuando sabemos vivir los instantes *tempiternos* (que no están fuera del tiempo, pero que tampoco se ahogan en él). Juntos entendimos, también, que si nuestra vida no se libera del peso exclusivo de la historia, si nuestros ideales no superan los de los hombres ensimismados y encerrados en prisiones que llaman ciudades, si nuestros amores no traspasan la costra de las cosas, no vivimos realmente. También entendimos que, si todo lo queremos reducir a parámetros cuantitativos, a la medida de la razón y a un tiempo huidizo por el que sólo resbalamos, no captaremos el misterio de la existencia, la belleza de las cosas, la verdad de la realidad y, por consiguiente, nunca conseguiremos aquella felicidad que sobrepasa toda concepción, aquel Dios que era el símbolo del Misterio y que quizás ahora adopta otros nombres. Tanto la solución para el mundo como la nuestra personal, no estriban en los modelos de las tradiciones abrahámicas. Al gentil no lo convencieron. Quizás la solución no estriba en nada porque no es estática.

–Pero –dijo la gente– no hemos comprendido bien eso de la Gracia. Hemos sentido que llegaba, que nos tocaba y hemos estado agradecidos. Volvimos a ver que el mundo era bello, que todo es gratuito, si graciosamente lo compartimos. Por eso, esta Alegría, que es otro nombre para la Gracia, no nos paraliza la acción, sino que nos fortalece en nuestro anhelo de justicia...